



La Memoria y el Patrimonio. El caso de la Muralla de Altea

Los elementos cotidianos, claros y sencillos, en ocasiones pasan desapercibidos, se ha de tener la vista clara y bien purgada para descubrirlos, como decía M. de Montaigne. Posiblemente sea la razón por la cual un pueblo olvida en pocas generaciones, no tanto su pasado, como su propio patrimonio, incluso cuando convive con él todos los días. Este es el caso de Altea y su muralla. Su interesante muralla renacentista, origen de un pueblo que renace en los primeros años del siglo XVII tras una historia compleja de dominaciones y culturas que le llevan a una situación límite, tras la cual se recrea exitosamente en su actual ubicación, tomando la forma de villa fortificada.

Que los ciudadanos no conozcan, no sean conscientes del valor de su patrimonio, es comprensible, porque se trata de un conjunto arquitectónico difícil de reconocer y distinguir entre muralla y caserío, pero sobre todo porque nadie se lo ha puesto en valor. Otra cosa es el olvido de los responsables culturales desde hace tanto tiempo.

La Muralla de Altea no fue nunca una muralla exenta, de sillería, una muralla tan sólida como aquella que ordena construir en Peníscola el Virrey Vespasiano Gonzaga a Bautista Antonelli, ingeniero a cargo de la Corona, y que es referente de otras muchas que construirán los Austrias en las tierras de ultramar, en América o Filipinas. Nuestra muralla es mucho más doméstica, de casamuro, como las que construyen los señores para defender sus villas, como las de Benissa, de Teulada, de Guadalest. Su origen y su trazado están dentro de la misma historia: la historia del Renacimiento español. Una de las páginas más atractivas e ignoradas de la historia del arte. Construida por los señores de Palafox y diseñada por el sobrino de Bautista, el también ingeniero Cristóbal Antonelli, a instancias del Virrey Frígola, con el apoyo del arquitecto Gaspar Gregorio de Valencia y el Carmelita Fray Mariano, los cuales se encargan de que buscan la ubicación más idónea, cuando pasan por Altea en uno de sus viajes a las obras que en ese momento llevan para la construcción del pantano de Tibi.

En nuestro territorio de la Marina, tras la experiencia del Fort de Bernia, también de Bautista Antonelli -una reflexión teórica y primeriza de la arquitectura militar, falta de cierta lógica territorial y de experiencia militar, como deja en evidencia el propio Gonzaga cuando la visita en uno de sus viajes al sur del reino- aparecen las alternativas cotidianas de villas fortificadas frente a un mar berberisco y donde la pólvora marca la ley que transforma la estrategia militar; entre ellas hay que destacar como principal la villa fortificada de Altea, con su castillo y sus dos baluartes, sus defensas, las puertas y la propia traza del caserío. Una estructura física que se conserva casi íntegramente hasta las últimas décadas del s XIX, pero que se derrumbó conceptualmente años antes con la pérdida del señorío y del dominio turco sobre el mediterráneo.

El plano del ingeniero militar Ricaud de 1740 nos da noticia de su traza, de su arquitectura, de la estructura interna del pueblo, de los arrabales extramuros, tanto el del Pla del Castell, como el de Sant Pere. Una muralla que existe hoy en más de un cincuenta por ciento de su perímetro, que es perfectamente legible para los ojos adiestrados en la lectura del patrimonio, pero que puede serlo para cualquier persona, siempre que se ponga



en valor el monumento, se acoten los desmanes que sobre ella se hacen cotidianamente y sea reconocida como tal, en principio por los ciudadanos, para que sepan lo que poseen y aprendan a conocerla y valorarla; esta muralla debe ser también valorada por el propio Ayuntamiento, variando los planes especiales que sobre el centro histórico se han redactado y que no han sabido verla ni protegerla.

Muchos alteanos deseamos que se ponga en valor nuestro patrimonio como seña identitaria de un pasado complejo y atractivo, junto con otros elementos de singular valor que distinguen al pueblo y acrecientan su valor histórico, cultural y turístico, especializándonos cada vez más y potenciando un turismo de calidad, de menor impacto paisajístico y de mayor rentabilidad. Por ello esperamos una acción municipal decidida que valore el patrimonio, promoviendo un Plan General que lo proteja eficazmente, tanto el arquitectónico, como el paisajístico, toponímico, botánico... cultural en suma; de la misma manera que esperamos el apoyo municipal, sin complejos, a las iniciativas ciudadanas que pretendan potenciar nuestro patrimonio.

Altea, con una historia dilatada y compleja, y con un medio geográfico particularmente interesante, ofrece todas las posibilidades para disfrutar y rentabilizar sus singulares valores paisajísticos y culturales, de manera que sirvan para garantizar un futuro prometedor, siempre que nosotros mismos sepamos identificar y valorar el patrimonio, así como dosificar las intervenciones en el paisaje de manera que conservemos su carácter, parte del cual es su propia historia y su legado. Para ello es esencial empezar a proteger los muchos elementos hoy ignorados: el recinto de Bellaguarda, los restos de murallas islámicas de Altea la Vella, los restos romanos, etc., aunque entre ellos hay que distinguir la estructura principal, nuestra Muralla, promoviendo directamente su calificación como Bien de Interés Cultural con una normativa ajustada y unas acciones propias para su puesta en valor; además de potenciar acciones de reflexión y concienciación ciudadana para dar a conocer nuestra cultura, en primer lugar a los alteanos y más tarde a nuestros visitantes. Es tiempo y hay disposición por parte de muchas personas.

Miguel del Rey Aynat
alteano y arquitecto